

REENCUENTRO CON RAMON LAMONEDA

Uno de los dirigentes socialistas menos conocidos, y menos estudiados por los especialistas en la historia del PSOE, ha sido **Ramón Lamonedá**, último secretario general del Partido elegido en la España republicana, y que desde este puesto decisivo tuvo que enfrentarse a las dificultades del periodo de la guerra civil y a los conflictos y la dispersión producidos por el exilio. La importancia de su figura, y su papel decisivo para la comprensión de una etapa especialmente difícil en la historia del PSOE merecían un reconocimiento, que por fin se ha plasmado en la publicación en México de un volumen con algunos de sus **textos políticos más significativos**, unidos a otra serie de documentos de interés complementario (1).

Como explica Amaro del Rosal en el excelente estudio biográfico que antecede a esta recopilación, la biografía de Lamonedá está estrechamente ligada a la historia del movimiento obrero español. Ramón Lamonedá nació en Jaén en 1892. A los 12 años se trasladó a Madrid para aprender el oficio de impresor. En la capital de España se inició en el estudio de las ideas socialistas, que ya habían alcanzado una importante difusión entre sus compañeros de trabajo. Asistió a las reuniones de la Casa del Pueblo, y muy pronto se afilió a las Juventudes Socialistas. Más tarde viajó a París y a Bélgica para realizar un curso de preparación ideológica en la Escuela Internacional Socialista. A su vuelta a España, se le podía considerar como uno de los militantes más preparados del Partido Socialista. Con el estallido de la Revolución Rusa, Lamonedá fue uno de los jóvenes socialistas que se inclinaron hacia las posturas bolcheviques y se convirtieron en fervientes partidarios de la III Internacional. Consecuencia de esta actitud sería su intervención en la fundación del Partido Comunista Obrero Español, junto con un grupo de socialistas escindidos del PSOE en 1921, y su

participación en la Ejecutiva del nuevo partido. Pero tras el desmantelamiento del PCE durante la dictadura de Primo de Rivera, a consecuencia de las persecuciones sufridas por sus militantes y de las luchas fraccionales, Lamonedá volvió a integrarse a finales de la dictadura en el PSOE y la UGT, donde continuaría su actividad sindical como dirigente de la Federación de Artes Gráficas, y su labor política como diputado socialista, secretario de las últimas Cortes Republicanas, y por último secretario general del Partido Socialista Obrero Español.

En esta última etapa de su actividad política, Lamonedá dedicó todas sus energías —aunque con escaso éxito— a evitar la desunión dentro de su propio partido y a conseguir la unidad de acción con el Partido Comunista. Por ello, ante el golpe de Casado, a pesar de la participación en él de una de las figuras más prestigiosas del socialismo español, Julián Besteiro, su actitud fue abiertamente negativa: la condena de los golpistas, que Lamonedá hizo en nombre del PSOE, estuvo acompañada por el apoyo de su partido a los esfuerzos del Gobierno Negrín, cuyo planteamiento se centraba —como es bien sabido— en resistir unos meses más para enlazar con el estallido de la Guerra Mundial, que se consideraba inminente. En opinión de Amaro del Rosal, la actitud de Lamonedá «salvó al PSOE de toda responsabilidad política. Ni Besteiro, ni Casado, ni Trifón Gómez representaban ni podían representar al Partido Socialista, que seguía fiel a la legalidad republicana». Por fin, en

1939, Ramón Lamonedá, como tantos miles de republicanos, salió de España hacia el exilio. Durante los años de la emigración, y hasta su muerte en México en 1971, a los 79 años, intentó —de nuevo con escaso éxito— conservar la unidad del Partido Socialista.

En esta trayectoria vital se insertan los artículos y documentos políticos de los años 1934-1949 incluidos en el libro que comentamos. Escritos en su mayoría en el exilio, dichos textos reflejan la preocupación fundamental, ya mencionada, de Lamonedá en estos años; evitar la división del partido, mantener su unidad por encima de las diferencias del periodo republicano, y durante los años difíciles de la guerra y la emigración. En la época de la Segunda República, y en especial tras el triunfo de la derecha en las elecciones de 1933, Lamonedá intentó defender una postura opuesta a los planteamientos de la izquierda caballerista, aunque no identificable tampoco con las posiciones de Besteiro o Prieto. Su estrategia en este momento giraba en torno a dos ejes fundamentales: la defensa de la participación en las luchas parlamentarias (reflejada en la conferencia que bajo el título **Acción Parlamentaria** pronunció en 1933 en la Escuela Obrera Socialista), como forma de contener el avance fascista, frente a las posiciones radicales de Largo o Baraibar; y la necesidad de llegar a un entendimiento en profundidad con los comunistas, para consolidar el sistema republicano.

Sólo durante la guerra civil, conseguiría Lamonedá un éxito relativo en este segundo aspecto. Bajo su inspiración, y tras laboriosas negociaciones, el 19 de agosto de 1937 se dio a la publicidad **El programa de acción conjunta de los Partidos Comunista y Socialista**, firmado por un **Comité de Enlace** compuesto por cuatro miembros de cada partido: Ramón González Peña, Juan Simeón Vidarte, Ramón Lamonedá y Manuel Cordero, por el PSOE; y José Díaz, Dolores Ibárruri, Luis Caballero Giorla y Pedro Checa, por el PCE. En él se incluía un conjunto de medidas fundamentales para conseguir el triunfo de la República, entre las que destacan las siguientes: el establecimiento, en el terreno militar de un Ejército único, y la supresión de milicias autónomas; el desarrollo de una potente industria



(1) *Ramón Lamonedá. Posiciones políticas. Documentos. Correspondencia.* México, D. F., 1976. Pese a la fecha de su publicación, sólo desde hace pocos meses se encuentra esta obra en las librerías españolas.

de guerra, la militarización y nacionalización de las industrias ya existentes, y la entrega de las armas a las autoridades para su posterior distribución en el Ejército; la planificación económica centralizada en el Consejo Superior de Economía; la conservación del orden público, el fortalecimiento del Frente Popular, y el logro de la unidad sindical basada en un programa de acción común entre las dos centrales sindicales. Por último, y como rasgo característico de la época, los dos partidos consideraban un «deber sagrado» la defensa de la Unión Soviética, cuyo apoyo a la República era un factor esencial para la pervivencia y triunfo de ésta: «Ambos partidos —declaraba el programa— lucharán con toda energía contra los enemigos de la URSS, denunciándoles públicamente e impidiendo sus innobles campañas abiertas y preparadas...». Y son sobradamente conocidas las repercusiones que, en el campo republicano tuvo esta declaración de apoyo incondicional a la URSS. Pese a la voluntad unitaria reflejada en este documento, el objetivo final del mismo, la construcción de un único partido obrero («como uno es el capitalismo y uno es el proletariado») no llegaría a convertirse en realidad, debido a las «impaciencias y precipitaciones determinadas por la incompreensión y los sectarismos» a que se refiere A. Del Rosal en la introducción que antes citamos.

El conjunto más numeroso de los artículos de Lamonedá corresponde a los dedicados —ya en el exilio— a la escisión del PSOE, lanzada desde 1939 por el grupo de Prieto, disconforme con la política del Partido y del Gobierno Negrín. En dos artículos publicados en **El Socialista** en 1942 («La escisión del 39», y «Sobre la unidad socialista»), Lamonedá reconoce que las razones de esta escisión correspondían básicamente a diferencias de tipo ideológico, y no a puros personalismos: «Si creyéramos, como se afirma ligeramente, que las incompatibilidades personales son la causa del parcelamiento que se observa en las filas socialistas y que se refleja en los núcleos emigrados, no seríamos marxistas». La razón fundamental de la escisión era, en su opinión, el incumplimiento por el grupo prietista de los acuerdos adoptados por la Ejecutiva del PSOE, que se plasmaron en la unidad de acción con los comunistas. El debate entre ambos sectores del

partido —los escisionistas de Prieto, y la Ejecutiva dirigida por Lamonedá— representa ya una parte significativa de la historia del PSOE en el exilio, para la que los documentos recogidos en el libro objeto de esta nota son una fuente de primera importancia. Cuando se escriba esa historia, tan necesaria para conocer los orígenes del Partido Socialista actual, aparecerá con claridad la importancia de la obra política de Ramón Lamonedá, incansable promotor de la «unidad popular» y defensor de las posiciones socialistas en las circunstancias históricas más difíciles ■ **MARIA RUIPEREZ**

EL REFORMISMO REPUBLICANO

Con el título «**Las reformas de la II República**», ha aparecido en Túcar Ediciones una recopilación de artículos de **Manuel Ramírez Jiménez** que profundizan en diferentes temas concretos característicos de dicho periodo histórico: las principales reformas constitucionales y la evolución y vicisitudes de algunos partidos políticos.

La intención del autor al presentar en un solo volumen esta serie de trabajos —algunos ya publicados y otros todavía inéditos— es «ofrecer una visión de conjunto de estos problemas entre sí relacionados».

Especial interés merece el artículo que trata de la Iglesia y el Estado en la Constitución de 1931, ya que la reacción de las autoridades eclesiásticas ante el borrador constitucional hace pensar en el renacimiento de la nunca superada cuestión religiosa, cuyo origen se sitúa en los primeros tiempos de la historia constitucional española.

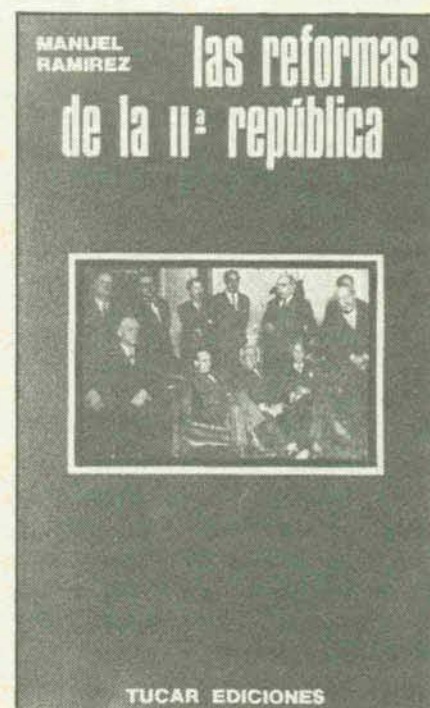
Como introducción a su trabajo, Ramírez Jiménez expone de manera sucinta las diversas formulaciones que adoptaron las relaciones Iglesia-Estado en los sucesivos textos constitucionales a partir del de 1812, objeto siempre de largos debates y enconados enfrentamientos entre los representantes de los partidos: moderados y progresistas o demócratas y republicanos.

En un intento de sistematización señala los tres cauces que, en líneas generales, regularon la cuestión religiosa. Distingue tres criterios: el de

la unidad católica, reflejado en la Constitución de 1812, en la del 37 y en la del 45; el de tolerancia religiosa, seguido por la Constitución del 56 y la del 69 y, por último, el criterio de libertad de cultos y separación Iglesia-Estado que rige las dos constituciones republicanas.

Un caso aparte es la Constitución de la Restauración de 1876 ya que la redacción parca y ecléctica del famoso artículo 11 —el que regula la cuestión religiosa— permite una interpretación amplia por parte de los partidos alternantes en el poder.

«El Estado español no tiene religión oficial». En estos términos, conteni-



do del Artículo 3 de la Constitución del 31, queda establecida la Confesionalidad del Estado que hace pronunciar a Azaña la conocida frase por la que ha sido condenado desde los sectores reaccionarios: «España ha dejado de ser católica».

Pero el artículo cuya redacción suscitó debates más enconados es el 26 en el que se promulgaba que todas las confesiones religiosas serían consideradas como asociaciones y estarían sometidas a una ley especial. En dicho artículo se disponía también que ninguna asociación o institución religiosa podría recibir ayuda económica del Estado y que una ley regularía la extinción del presupuesto del clero. Asimismo, quedaban disueltas las órdenes religiosas que impusieran voto de obediencia a una autoridad distinta a la